

## CAPÍTULO PRIMERO. JUGANDO A PEREGRINOS

"La Navidad no será Navidad sin ningún regalo", gruñó Jo, acostada sobre la alfombra.

"Es tan horrible ser pobre", suspiró Meg, mirando hacia abajo su vestido viejo.

"No creo que sea justo que algunas chicas tengan muchas cosas bonitas y otras nada en absoluto", agregó la pequeña Amy con un resoplido herido.

"Nosotros tenemos a papá y mamá, y el uno al otro", dijo Beth contenta desde su rincón.

Los cuatro rostros jóvenes, sobre los cuales brillaba la luz del fuego, se alegraron con las palabras alegres, pero se oscurecieron nuevamente cuando Jo dijo tristemente: "No tenemos a papá y no lo tendremos por mucho tiempo". No dijo "tal vez nunca", pero cada uno lo agregó silenciosamente, pensando en papá lejos, donde estaba la lucha.

Nadie habló por un minuto; luego Meg dijo con un tono cambiado: "Sabes que la razón por la que mamá propuso no tener ningún regalo esta Navidad fue porque va a ser un invierno difícil para todos, y ella cree que no debemos gastar dinero en placer, cuando nuestros hombres están sufriendo tanto en el ejército. No podemos hacer mucho, pero podemos hacer nuestros pequeños sacrificios y debemos hacerlo con alegría. Pero tengo miedo de que yo no lo haga", y Meg sacudió la cabeza, pensando con pesar en todas las cosas bonitas que quería.

"Pero no creo que lo poco que gastaríamos haga algún bien. Cada una de nosotras tiene un dólar, y el ejército no sería ayudado mucho por nuestro regalo. Estoy de acuerdo en no esperar nada de mamá o de ustedes, pero quiero comprar Undine y Sintran para mí. Lo he querido durante tanto tiempo", dijo Jo, quien era una ratona de biblioteca.

"Planeé gastar el mío en nueva música", dijo Beth con un pequeño suspiro, que nadie escuchó excepto el cepillo de la chimenea y el sostenedor de la tetera.

"Voy a comprar una bonita caja de lápices de dibujo de Faber; realmente los necesito", dijo Amy decididamente.

"Mamá no dijo nada de nuestro dinero, y no querrá que renunciemos a todo. Compremos cada uno lo que queramos y divirtámonos un poco; estoy segura de que trabajamos lo suficiente para ganarlo-exclamó Jo, examinando caballeramente los tacones de sus zapatos.

"Sé que lo hago: enseñar a esos niños fastidiosos casi todo el día, cuando estoy deseando disfrutar en casa", empezó Meg, de nuevo en tono quejoso.

"Tú no lo pasas ni la mitad de mal que yo", dijo Jo. "¿Qué te parecería estar encerrada durante horas con una vieja nerviosa y quisquillosa, que te mantiene a trote, nunca está satisfecha y te preocupa hasta que estás a punto de salir volando por la ventana o llorar?".

"Es malo preocuparse, pero creo que lavar los platos y mantener las cosas ordenadas es el peor trabajo del mundo. Me hace enfadar, y mis manos se ponen tan rígidas que no puedo practicar bien en absoluto". Y Beth se miró las manos ásperas con un suspiro que cualquiera pudo oír aquella vez.

"No creo que ninguna de vosotras sufra como yo", gritó Amy, "porque no tenéis que ir a la escuela con muchachas impertinentes, que te acosan si no sabes tus lecciones, y se ríen de vuestros vestidos, y tachan a vuestro padre si no es rico, y te insultan cuando tu nariz no es bonita".

"Si te refieres a difamación, yo lo diría, y no hablaría de etiquetas, como si papá fuera un pepinillo de pepinillos", aconsejó Jo, riendo.

"Sé lo que quiero decir, y no necesitas ser estático al respecto. Es apropiado usar buenas palabras y mejorar tu vocabulario", respondió Amy con dignidad.

"No os picoteéis unos a otros, niños. ¿No te gustaría que tuviéramos el dinero que papá perdió cuando éramos pequeños, Jo? ¡Querida mía! ¡Qué felices y buenos seríamos si no tuviéramos preocupaciones! Meg, que recordaba tiempos mejores.

"Dijiste el otro día que pensabas que éramos mucho más felices que los niños del Rey. Rey, porque ellos peleaban y se preocupaban todo el tiempo, a pesar de su dinero".

"Así que lo hice, Beth. Pues yo creo que sí. Porque aunque tenemos que trabajar, nos divertimos... nos reímos de nosotros mismos, y somos un conjunto bastante alegre, como diría Jo".

"¡Jo sí que usa palabras de la jerga!", observó Amy, con una mirada de reproche a la larga figura tendida sobre la alfombra.

Jo se incorporó inmediatamente, se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar.

"No, Jo. Es tan infantil".

"Por eso lo hago".

"¡Detesto a las chicas groseras y poco femeninas!"

"¡Detesto a las afectadas, niminy-piminy chits!"

"Los pájaros en sus niditos se ponen de acuerdo", cantó Beth, la pacificadora, con tal que las dos voces agudas se suavizaron en una carcajada, y el "picoteo" terminó por aquella vez. terminó por aquella vez.

"De verdad, chicas, las dos tenéis la culpa", dijo Meg, empezando a sermonear a su de hermana mayor. "Sois lo bastante mayores para dejaros de chiquilladas y para comportaros mejor, Josephine. No importaba tanto cuando eras pequeña, pero ahora que eres tan alta, y te recoges el pelo, deberías recordar que... eres una jovencita".

"¡No lo soy! Y si recogerme el pelo me convierte en una, lo llevaré en dos colas hasta que tenga veinte años", gritó Jo, quitándose la redecilla y sacudiéndose una melena castaña. "Odio pensar que tendré que crecer y ser la señorita March, llevar vestidos largos y parecer tan remilgada como un áster de China. De todos modos, ya es bastante malo ser una niña, cuando a mí me gustan los juegos, el trabajo y los modales de los niños. No puedo superar mi decepción por... no ser un chico. Y ahora es peor que nunca, porque me muero por ir a pelear... con papá. Y yo sólo puedo quedarme en casa tejiendo, como una vieja asquerosa".

Y Jo sacudió el calcetín azul del ejército hasta que las agujas sonaron como castañuelas, y su pelota saltó por la habitación.

"¡Pobre Jo! Es una pena, pero no tiene remedio. Así que tienes que contentar con hacer que te llamen chico y jugar a ser hermano de las chicas", dijo Beth, acariciando la áspera cabeza con una mano que ni todos los lavavajillas y el polvo del mundo... el mundo no podría hacer que su tacto fuera menos suave.

"En cuanto a ti, Amy," continuó Meg, "eres demasiado particular y remilgada. Tus aires son graciosos ahora, pero crecerás como un ganso afectado, si no tienes cuidado. Me gustan tus buenos modales y tu refinada manera de hablar, cuando no intentas ser elegante. Pero tus palabras absurdas son tan malas como la jerga de Jo".

"Si Jo es una marimacho y Amy una gansa, ¿qué soy yo, por favor?", preguntó Beth, dispuesta a compartir el sermón.

"Eres un encanto, y nada más", contestó Meg calurosamente, y nadie la contradujo, pues el "Ratón" era la mascota de la familia.

Como a los lectores jóvenes les gusta saber "cómo es la gente", aprovecharemos este momento para ofrecerles un pequeño esbozo de las cuatro hermanas, que estaban sentadas tejiendo en el crepúsculo, mientras la nieve de diciembre caía tranquilamente fuera y el fuego crepitaba alegremente dentro. Era una habitación confortable, aunque la alfombra estaba descolorida y los muebles eran muy sencillos, ya que de las paredes colgaban un buen cuadro o dos, los libros llenaban los rincones, los crisantemos y las rosas de Navidad florecían en las ventanas y una agradable atmósfera de paz hogareña la impregnaba.

Margarita, la mayor de los cuatro, tenía dieciséis años y era muy bonita, regordeta y rubia. y rubia, con grandes ojos, abundante y suave cabello castaño, dulce boca y blancas manos blancas, de las que era bastante vanidosa. Jo, de quince años, era muy alta, delgada y morena. morena, y recordaba a un potro, pues parecía no saber nunca qué hacer con sus largas extremidades, que le estorbaban mucho. Tenía una boca tenía una boca decidida, una nariz cómica y unos ojos agudos y grises que parecían que parecían verlo todo, y eran por turnos feroces, divertidos o pensativos. Su pelo largo y espeso era su única belleza, pero normalmente lo llevaba recogido en una red, para que no le estorbara. Tenía los hombros redondeados, las manos y los pies grandes, la ropa con aspecto de volar y un aspecto incómodo. el aspecto incómodo de una chica que se estaba convirtiendo rápidamente en una mujer y no le gustaba. Elizabeth, o Beth, como todo el mundo la llamaba, era sonrosada, de trece años, de pelo liso, ojos brillantes, modales tímidos, voz tímida, y una expresión apacible que rara vez se alteraba. Su padre la llamaba La llamaba "Pequeña Miss Tranquilidad", y el nombre le sentaba de maravilla, porque parecía parecía vivir en su propio mundo feliz, y sólo se aventuraba a salir para reunirse con los

pocos en quienes en quienes confiaba y amaba. Amy, aunque la más joven, era una persona muy importante. importante, al menos en su propia opinión. Una doncella de nieve normal, con ojos azules, y el pelo amarillo rizándose sobre sus hombros, pálida y delgada, y siempre comportándose como una joven que cuida sus modales. El carácter de las de las cuatro hermanas.

El reloj dio las seis y, tras barrer la chimenea, Beth puso un par de zapatillas para calentar. De alguna manera, la visión de los viejos zapatos tuvo un buen efecto en las niñas. en las niñas, pues mamá estaba a punto de llegar y todas se animaron para recibirla. Meg dejó de sermonear y encendió la lámpara. Amy se levantó de la butaca sin que nadie se lo pidiera, y Jo olvidó lo cansada que estaba cuando se sentó para sostener las zapatillas más cerca de la cama. para acercar las zapatillas al fuego.

"Están bastante gastados. Marmee debe tener un par nuevo".

"Pensé en comprarle unos con mi dólar", dijo Beth.

"¡No, lo haré yo!" gritó Amy.

"Yo soy la mayor", empezó Meg, pero Jo interrumpió con decisión: "Soy el hombre de la familia ahora que papá no está, y yo pondré las zapatillas, pues me dijo que cuidara especialmente de mamá mientras él no estuviera".

"Te diré lo que vamos a hacer", dijo Beth, "vamos a regalarle cada uno algo para Navidad, y no comprar nada para nosotros".

"¡Eso es propio de ti, querida! ¿Qué nos va a tocar?", exclamó Jo.

Todos pensaron sobriamente durante un minuto, y luego Meg anunció, como si la idea hubiera sido sugerida por la visión de sus propias manos bonitas: "Le regalaré un bonito par de guantes."

"Zapatos militares, los mejores que se puedan tener", gritó Jo.

"Unos pañuelos, con dobladillo", dijo Beth.

"Compraré un frasquito de colonia. A ella le gusta, y no costará mucho, así que me quedará algo para comprarme los lápices", añadió Amy.

"¿Cómo daremos las cosas?", preguntó Meg.

"Ponlos en la mesa y trae a ella para que vea cómo abrimos los paquetes. ¿No recuerdas cómo solíamos hacer en nuestros cumpleaños?" respondió Jo.

"Solía tener tanto miedo cuando me tocaba sentarme en la silla con la corona y verlos a todos venir marchando para dar los regalos con un beso. Me gustaban las cosas y los besos, pero era terrible tenerlos a todos mirándome mientras abría los paquetes", dijo Beth, quien estaba tostando su rostro y el pan para la merienda al mismo tiempo.

"Dejemos que Marmee piense que estamos comprando cosas para nosotros y luego la sorprendemos. Debemos ir de compras mañana por la tarde, Meg. Hay tanto que hacer para la obra de Navidad", dijo Jo, marchando arriba y abajo con las manos detrás de la espalda y la nariz en el aire.

"No tengo la intención de actuar después de esta vez. Me estoy haciendo demasiado mayor para estas cosas", observó Meg, quien seguía siendo tan niña como siempre en los juegos de disfraces.

"No dejarás de actuar, lo sé, siempre y cuando puedas pasear con un vestido blanco con el pelo suelto y llevar joyas de papel dorado. Eres la mejor actriz que tenemos y todo se acabaría si abandonarás los escenarios", dijo Jo. "Deberíamos ensayar esta noche. Ven aquí, Amy, y haz la escena del desmayo, ya que estás tan rígida como una tabla".

"No puedo evitarlo. Nunca vi a nadie desmayarse y no quiero dejarme negra y azul, cayendo como tú. Si puedo caer con facilidad, lo haré. Si no, me sentaré en una silla y seré elegante. No me importa si Hugo viene a por mí con una pistola", respondió Amy, quien no tenía mucho talento para el drama, pero fue elegida porque era lo suficientemente pequeña como para ser llevada gritando por el villano de la obra.

"Hazlo así. Cruza las manos y camina tambaleándote por la habitación, gritando frenéticamente: '¡Roderigo! ¡Sálvame! ¡Sálvame!'", y así se fue Jo, con un grito melodramático que era realmente emocionante.

Amy la siguió, pero extendió sus manos rígidamente delante de ella y se movió como si estuviera siendo arrastrada por una máquina, y su "Ay!" era más

sugere de que le estaban clavando alfileres que de miedo y angustia. Jo dio un gemido desesperado y Meg se rió a carcajadas, mientras Beth dejaba que su pan se quemara mientras observaba la diversión con interés. "No tiene caso. Haz lo mejor que puedas cuando llegue el momento y si el público se ríe, no me culpes. Vamos, Meg".

"Luego, las cosas fueron bien, ya que Don Pedro desafió al mundo en un discurso de dos páginas sin una sola pausa. Hagar, la bruja, cantó una incantación horrible sobre su caldera de sapos hirviendo, con un efecto extraño. Roderigo rompió sus cadenas con fuerza y Hugo murió en agonía de remordimiento y arsénico, con un salvaje "¡Ja! ¡Ja!".

"Es lo mejor que hemos tenido hasta ahora", dijo Meg, mientras el villano muerto se levantaba y se frotaba los codos.

"No entiendo cómo puedes escribir y actuar cosas tan espléndidas, Jo. ¡Eres un verdadero Shakespeare!" exclamó Beth, quien creía firmemente que sus hermanas estaban dotadas de un maravilloso genio en todo.

"No del todo", respondió Jo modestamente. "Creo que 'La maldición de las brujas', una tragedia operática, es bastante buena, pero me gustaría intentar Macbeth, si solo tuviéramos una trampilla para Banquo. Siempre quise hacer la parte de matar. '¿Es eso un puñal que veo delante de mí?' murmuró Jo, rodando los ojos y agarrando el aire, como había visto hacer a un famoso actor trágico.

"No, es el tenedor tostador, con el zapato de mamá en lugar del pan. ¡Beth está obsesionada con el escenario!" exclamó Meg, y el ensayo terminó en una explosión general de risas.

"Me alegra encontrarlas tan alegres, chicas", dijo una voz alegre en la puerta, y actores y audiencia se volvieron para dar la bienvenida a una mujer alta y materna con una expresión de "¿puedo ayudarte?" que era verdaderamente encantadora. No estaba elegantemente vestida, pero era una mujer noble, y las chicas pensaron que el abrigo gris y el sombrero anticuado cubrían a la madre más espléndida del mundo.

"Bueno, queridas, ¿cómo les ha ido hoy? Hubo tanto que hacer, preparando las cajas para que se vayan mañana, que no vine a casa para almorzar. ¿Alguien ha llamado, Beth? ¿Cómo está tu resfriado, Meg? Jo, pareces muerta de cansancio.

"Ven y bésame, cariño".

March mientras se quitaba las ropas mojadas, se ponía las pantuflas calientes y, sentándose en la silla cómoda, atraía a Amy hacia su regazo, preparándose para disfrutar de la hora más feliz de su día ocupado. Las chicas se movían rápidamente, tratando de hacer las cosas cómodas, cada una a su manera. Meg arregló la mesa del té, Jo trajo madera y colocó las sillas, dejando caer, volteando y haciendo sonar todo lo que tocaba. Beth trotaba de aquí para allá entre el salón y la cocina, tranquila y ocupada, mientras Amy daba instrucciones a todos, sentada con las manos cruzadas.

Cuando se reunieron alrededor de la mesa, Mrs. March dijo, con una cara particularmente feliz: "Tengo una sorpresa para ustedes después de la cena". Una sonrisa rápida y brillante se extendió como un rayo de sol. Beth aplaudió con las manos, sin importarle la galleta que tenía, y Jo lanzó su servilleta al aire, gritando: "¡Una carta! ¡Una carta! ¡Tres hurras por el padre!".

"Sí, una carta bonita y larga. Está bien y cree que pasará el invierno mejor de lo que temíamos. Envía todo tipo de deseos amorosos para Navidad y un mensaje especial para ustedes, chicas", dijo Mrs. March, acariciando su bolsillo como si tuviera un tesoro allí.

"¡Date prisa y termina! No te detengas a hacer muecas con los dedos y a simular con tu plato, Amy", gritó Jo, ahogándose con su té y dejando caer su pan, con la mantequilla hacia abajo, en la alfombra en su afán por conseguir la sorpresa.

Beth no comió más, sino que se alejó para sentarse en su rincón oscuro y reflexionar sobre la delicia por venir, hasta que los demás estuvieron listos.

"Creo que fue espléndido que papá fuera como capellán cuando era demasiado viejo para ser reclutado y no lo suficientemente fuerte como para ser soldado", dijo Meg con entusiasmo.

"¿No me gustaría ir como tamborilero, como vivan, como se llame? O como enfermera, para poder estar cerca de él y ayudarlo", exclamó Jo con un gemido.

"Debe ser muy desagradable dormir en una tienda de campaña, comer todo tipo de cosas mal saborosas y beber de un vaso de lata", suspiró Amy.

"¿Cuándo volverá a casa, Marmee?" preguntó Beth con un pequeño temblor en su voz.

"No por muchos meses, querida, a menos que esté enfermo. Se quedará y hará su trabajo fielmente tanto tiempo como pueda, y no lo pediremos de vuelta un minuto antes de que pueda ser dispensado. Ahora ven y escucha la carta".

Todos se acercaron al fuego, Madre en el gran sillón con Beth a sus pies, Meg y Amy sentadas en cada brazo de la silla, y Jo apoyada en el respaldo, donde nadie vería ninguna señal de emoción si la carta resultara ser conmovedora.

En aquellos tiempos difíciles se escribían muy pocas cartas que no fueran conmovedoras, especialmente aquellas que los padres enviaban a casa. En esta carta se dijo poco sobre las dificultades sufridas, los peligros enfrentados o la nostalgia vencida. Era una carta alegre y esperanzadora, llena de vivas descripciones de la vida en el campamento, de las marchas y de las noticias militares, y sólo al final el corazón del escritor se desbordó de amor paternal y añoranza por las pequeñas niñas en casa.

"Dales todo mi cariño y un beso. Diles que pienso en ellas durante el día, que oro por ellas durante la noche, y que encuentro mi mejor consuelo en su afecto en todo momento. Un año parece muy largo para esperar antes de verlas, pero recuérdales que mientras esperamos todos podemos trabajar, para que estos días difíciles no se desperdicien. Sé que recordarán todo lo que les dije, que serán hijos amorosos para ti, que cumplirán fielmente con su deber, que lucharán valientemente contra sus enemigos más cercanos y que se conquistarán a sí mismos de manera tan hermosa que cuando vuelva a verlas, pueda sentirme aún más orgulloso y cariñoso con mis pequeñas mujeres". Todo el mundo sollozaba cuando llegaron a esa parte. Jo no se avergonzó de la gran lágrima que cayó al final de su nariz, y Amy no le importó el desorden de sus rizos mientras escondía su rostro en el hombro de su madre y sollozaba: "¡Soy una chica egoísta! Pero realmente intentaré ser mejor, para que él no se decepcione conmigo después".

"Todos lo haremos", gritó Meg. "Creo que me preocupo demasiado por mi aspecto y odio trabajar, pero ya no lo haré más, si puedo evitarlo".

"Voy a intentar ser lo que a él le gusta llamarme, 'una pequeña mujer' y no ser ruda y salvaje, sino hacer mi deber aquí en lugar de querer estar en otro lugar", dijo Jo, pensando que mantener su temperamento en casa era una tarea mucho más difícil que enfrentar a uno o dos rebeldes en el sur.

Beth no dijo nada, pero se secó las lágrimas con el calcetín azul del ejército y empezó a tejer con todas sus fuerzas, sin perder tiempo en hacer el deber que tenía más cercano, mientras resolvía en su tranquila y pequeña alma ser todo lo que su padre esperaba encontrar cuando llegara el feliz regreso del año. La Sra. March rompió el silencio que siguió a las palabras de Jo, diciendo en su voz alegre: "¿Recuerdan cómo solían jugar el Progreso del Peregrino cuando eran pequeños? Nada les hacía más felices que tenerme atar mis bolsas de piezas en sus espaldas como cargas, darles sombreros y palos y rollos de papel, y dejarlos viajar por la casa desde el sótano, que era la Ciudad de la Destrucción, subiendo, subiendo, hasta la azotea, donde tenían todas las cosas encantadoras que podían recoger para hacer una Ciudad Celestial".

"Qué divertido era, especialmente pasar por los leones, luchar contra Apollyon y pasar por el valle donde estaban los duendes", dijo Jo.

"Me gustaba el lugar donde los paquetes se caían y rodaban por las escaleras", dijo Meg.

"No recuerdo mucho al respecto, excepto que tenía miedo del sótano y de la entrada oscura, y siempre me gustaba el pastel y la leche que teníamos en la cima. Si no fuera demasiado mayor para esas cosas, me gustaría jugar de nuevo", dijo Amy, que comenzó a hablar de renunciar a las cosas infantiles a la madura edad de doce años.

"Nunca somos demasiado mayores para esto, querida, porque es un juego que estamos jugando todo el tiempo de una manera u otra. Nuestras cargas están aquí, nuestro camino está ante nosotros, y el anhelo de bondad y felicidad es la guía que nos lleva a través de muchos problemas y errores a la paz que es una verdadera Ciudad Celestial. Ahora, mis pequeños peregrinos, supongan que comienzan de nuevo, no en juego, sino en serio, y vean hasta dónde pueden llegar antes de que papá llegue a casa".

"¿De verdad, madre? ¿Dónde están nuestras cargas?" preguntó Amy, que era una joven muy literal.

"Cada una de ustedes acaba de contar cuál es su carga, excepto Beth. Creo que ella no tiene ninguna", dijo su madre.

"Sí, la tengo. La mía es lavar los platos y los paños, envidiar a las chicas con bonitos pianos, y tener miedo de la gente".

El paquete de Beth era tan gracioso que todos querían reírse, pero nadie lo hizo, porque eso habría lastimado mucho sus sentimientos.

"Hagámoslo", dijo Meg pensativa. "Es solo otro nombre para intentar ser bueno, y la historia puede ayudarnos, porque aunque queremos ser buenos, es un trabajo duro y a veces nos olvidamos y no hacemos nuestro mejor esfuerzo".

"Estuvimos en el Pantano del Desaliento esta noche, y Mamá vino y nos sacó como lo hizo Help en el libro. Deberíamos tener nuestro rollo de instrucciones, como Christian. ¿Qué haremos al respecto?", preguntó Jo, encantada con la fantasía que le dio un poco de romanticismo a la tarea muy aburrida de hacer su deber.

"Miren debajo de sus almohadas la mañana de Navidad y encontrarán su libro de guía", respondió la Sra. March.

Discutieron el nuevo plan mientras la vieja Hannah limpiaba la mesa, luego salieron las cuatro pequeñas cestas de trabajo y las agujas volaron mientras las chicas hacían sábanas para la tía March. Era una costura poco interesante, pero esta noche nadie se quejó. Adoptaron el plan de Jo de dividir las largas costuras en cuatro partes, y llamar a los cuartos Europa, Asia, África y América, y de esa manera lo hicieron de maravilla, especialmente cuando hablaban sobre los diferentes países mientras cosían.

A las nueve dejaban de trabajar y cantaban, como de costumbre, antes de irse a la cama. Nadie excepto Beth podía sacar mucha música del viejo piano, pero tenía una manera de tocar suavemente las teclas amarillas y hacer un agradable acompañamiento a las simples canciones que cantaban. Meg tenía una voz como la de una flauta, y ella y su madre dirigían el pequeño coro. Amy canturreaba como un grillo, y Jo se dejaba llevar por el aire a su antojo, siempre saliendo en el lugar equivocado con un croar o un temblor que arruinaba la más melancólica melodía. Habían hecho esto desde que podían balbucear...Crinkle, crinkle, 'ittle 'tar, y se había convertido en una costumbre familiar, porque la

madre era una cantante nata. El primer sonido en la mañana era su voz mientras iba por la casa cantando como una alondra, y el último sonido en la noche era el mismo sonido alegre, porque las chicas nunca crecieron demasiado para esa familiar canción de cuna.

## **CAPÍTULO DOS. UNA NAVIDAD ALEGRE**

Jo fue la primera en despertar en la grisácea madrugada de Navidad. No había calcetines colgando en la chimenea y por un momento se sintió tan decepcionada como cuando era pequeña y su calcetín se cayó porque estaba lleno de dulces. Luego recordó la promesa de su madre y, deslizando su mano debajo de su almohada, sacó un pequeño libro de tapa roja. Lo conocía muy bien, era esa hermosa y antigua historia de la mejor vida jamás vivida, y Jo sintió que era una verdadera guía para cualquier peregrino que emprendiera un largo viaje. Despertó a Meg con un "Feliz Navidad" y le pidió que viera lo que había debajo de su almohada. Apareció un libro de tapa verde, con la misma imagen en su interior y unas pocas palabras escritas por su madre, lo que hizo que su único regalo fuera muy precioso a sus ojos. Pronto Beth y Amy despertaron para buscar y encontrar también sus pequeños libros, uno de color grisáceo y el otro azul, y todos se sentaron mirando y hablando de ellos, mientras el este se tornaba rosado con la llegada del día.

A pesar de sus pequeñas vanidades, Margaret tenía una naturaleza dulce y piadosa, que inconscientemente influía en sus hermanas, especialmente en Jo, quien la amaba con mucho cariño y la obedecía porque sus consejos eran dados con tanta gentileza.

"Chicas," dijo Meg seriamente, mirando desde la cabeza revuelta junto a ella hasta los dos pequeños con gorros de dormir en la habitación de al lado, "Mamá quiere que leamos, amemos y sigamos estos libros, y debemos comenzar de inmediato. Solíamos ser fieles en esto, pero desde que papá se fue y toda esta problemática de la guerra nos desestabilizó, hemos descuidado muchas cosas. Pueden hacer lo que quieran, pero yo mantendré mi libro en la mesa aquí y leeré un poco todas las mañanas en cuanto despierte, porque sé que me hará bien y me ayudará durante el día."

Entonces abrió su nuevo libro y comenzó a leer. Jo la abrazó y, apoyando su mejilla en la suya, también leyó con la expresión tranquila que rara vez se veía en su inquieta cara.

"¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos lo mismo que ellas. Te ayudaré con las palabras difíciles y ellas nos explicarán si no entendemos", susurró Beth, muy impresionada por los bonitos libros y el ejemplo de sus hermanas. "Me alegro de que el mío sea azul", dijo Amy. y luego las habitaciones estuvieron muy tranquilas mientras las páginas se pasaban suavemente y el sol de invierno se filtraba para tocar las cabezas brillantes y los rostros serios con un saludo navideño.

"¿Dónde está Mamá?" preguntó Meg, mientras ella y Jo bajaban corriendo para agradecerle por sus regalos, media hora después.

"Quién sabe. Vino un pobre mendigo y su madre se fue directo a ver qué se necesitaba. Nunca hubo una mujer tan generosa dando alimentos y bebidas, ropa y leña", respondió Hannah, que había vivido con la familia desde que nació Meg, y era considerada por todos ellos más como una amiga que como una sirvienta.

"Estará de vuelta pronto, creo, así que frían sus pasteles y tengan todo listo", dijo Meg, mirando los regalos que se habían recogido en una cesta y se guardaban debajo del sofá, listos para ser producidos en el momento adecuado. "¿Por qué no está la botella de colonia de Amy?" añadió, ya que el pequeño frasco no aparecía.

"La sacó hace un minuto y se fue con ella para ponerle un lazo o alguna otra idea", respondió Jo, bailando por la habitación para quitar la primera rigidez de las nuevas zapatillas del ejército.

"¡Mira qué bonitos lucen mis pañuelos! Hannah los lavó y los planchó para mí, y los marqué yo misma", dijo Beth, mirando con orgullo las letras un tanto desiguales que le habían costado tanto trabajo.

"¡Bendita sea la niña! Se fue y puso 'Madre' en lugar de 'M. March'. ¡Qué gracioso!" exclamó Jo, tomando uno.

"¿No es así? Pensé que era mejor hacerlo así, porque las iniciales de Meg son M.M. y no quiero que nadie más las use excepto Marmee", dijo Beth, mirando preocupada.

"Está bien, querida, es una idea muy bonita y bastante sensata, ya que nadie podrá confundirse ahora. Sé que le gustará mucho", dijo Meg, frunciendo el ceño a Jo y sonriendo a Beth.

"¡Allí está Mamá! ¡Escondan la cesta, rápido!" gritó Jo, mientras una puerta se cerraba y se oían pasos en el pasillo.

Amy entró apresuradamente y pareció un poco avergonzada al ver a sus hermanas esperándola.

"¿Dónde has estado y qué estás escondiendo detrás de ti?", preguntó Meg, sorprendida al ver, por su capucha y abrigo, que la perezosa Amy había salido tan temprano.

"¡No te rías de mí, Jo! No quería que nadie supiera hasta que llegara el momento. Solo quería cambiar la botellita por una grande y di todo mi dinero para conseguirla. Y realmente estoy tratando de no ser egoísta nunca más".

Mientras hablaba, Amy mostró el hermoso frasco que reemplazó al barato y pareció tan sincera y humilde en su pequeño esfuerzo por olvidarse de sí misma que Meg la abrazó en el acto y Jo la llamó 'una joya', mientras Beth corrió a la ventana y tomó su rosa más hermosa para adornar el elegante frasco.

"Verás, me sentí avergonzada de mi regalo después de leer y hablar sobre ser buena esta mañana, así que corrí a la esquina y lo cambié en cuanto me levanté, y estoy tan contenta porque el mío es ahora el más bonito".

Otro golpe de la puerta de la calle envió la cesta debajo del sofá y las chicas a la mesa, ansiosas por el desayuno.

"¡Feliz Navidad, Marmee! ¡Muchas de ellas! Gracias por nuestros libros. Lémos algunos y planeamos hacerlo todos los días", gritaron todas a coro.

"¡Feliz Navidad, hijas! Me alegra que hayan comenzado de inmediato y espero que continúen. Pero quiero decir una palabra antes de que nos sentemos. No

muy lejos de aquí hay una mujer pobre con un pequeño recién nacido. Seis niños se amontonan en una cama para no congelarse, porque no tienen fuego. No hay nada que comer allí, y el hijo mayor vino a decirme que están sufriendo hambre y frío. ¿Mis hijas, le darán su desayuno como regalo de Navidad?"

Todos estaban inusualmente hambrientos después de haber esperado casi una hora, y por un minuto nadie habló, sólo por un minuto, porque Jo exclamó impulsivamente, "¡Estoy tan contenta de que hayas venido antes de que empezáramos!"

"¿Puedo ir y ayudar a llevar las cosas a los pobres niños?" preguntó Beth ansiosamente.

"Yo llevaré la crema y los muffings", añadió Amy, heroicamente renunciando al artículo que más le gustaba.

Meg ya estaba cubriendo los buckwheats y apilando el pan en un solo plato grande.

"Pensé que lo harían", dijo la señora March, sonriendo como si estuviera satisfecha. "Todos iremos a ayudar, y cuando regresemos tendremos pan y leche para el desayuno, y lo compensaremos en la cena".

Pronto estuvieron listos, y la procesión se puso en marcha. Afortunadamente era temprano, y pasaron por las calles traseras, por lo que pocas personas los vieron, y nadie se rió de la extraña fiesta.

Era una habitación pobre, desnuda y miserable, con ventanas rotas, sin fuego, ropa de cama raída, una madre enferma, un bebé llorando y un grupo de niños pálidos y hambrientos acurrucados bajo un viejo edredón, tratando de mantenerse calientes.

Cómo miraron con asombro y sonrieron con los labios azules cuando las chicas entraron.

"¡Ach, mein Gott! ¡Son ángeles buenos que vienen a nosotros!", dijo la pobre mujer, llorando de alegría.

"Ángeles graciosos con capuchas y guantes", dijo Jo, haciéndolos reír.

En pocos minutos parecía que allí habían estado trabajando espíritus bondadosos. Hannah, que había llevado madera, encendió un fuego y tapó los cristales rotos con sombreros viejos y su propio abrigo. La señora March dio té y gachas a la madre, y la reconfortó con promesas de ayuda, mientras vestía al pequeño bebé con tanta ternura como si fuera propio. Mientras tanto, las chicas prepararon la mesa, sentaron a los niños alrededor del fuego y los alimentaron como si fueran tantos pájaros hambrientos, riendo, hablando e intentando entender el divertido inglés roto.

"Das ist gut!" "Die Engel-kinder!" gritaron los pobres niños mientras comían y calentaban sus manos moradas en el cómodo fuego. Las chicas nunca antes habían sido llamadas niños ángel, y lo encontraron muy agradable, especialmente Jo, quien había sido considerada una 'Sancho' desde que nació. Fue un desayuno muy feliz, aunque no consiguieron ninguna parte de él. Y cuando se fueron, dejando la comodidad detrás, creo que no había en toda la ciudad cuatro personas más alegres que las pequeñas y hambrientas chicas que regalaron sus desayunos y se contentaron con pan y leche en la mañana de Navidad.

"Eso es amar a nuestro prójimo más que a nosotros mismos, y me gusta", dijo Meg, mientras preparaban sus regalos mientras su madre estaba arriba recolectando ropa para los pobres Hummel.

No fue un espectáculo muy espléndido, pero había mucho amor envuelto en los pocos paquetes, y el alto jarrón de rosas rojas, crisantemos blancos y enredaderas que estaba en el medio, le daba un aire bastante elegante a la mesa.

"¡Ella viene! ¡Toca, Beth! ¡Abre la puerta, Amy! ¡Tres hurras por Marmee!", gritó Jo, mientras corría alrededor mientras Meg fue a conducir a su madre al asiento de honor.

Beth tocó su marcha más alegre, Amy abrió la puerta y Meg hizo de escolta con gran dignidad. La señora March estaba sorprendida y emocionada, y sonrió con los ojos llenos mientras examinaba sus regalos y leía las pequeñas notas que los acompañaban. Las zapatillas se pusieron de inmediato, un nuevo pañuelo se deslizó en su bolsillo, bien perfumado con la colonia de Amy, la rosa se aseguró en su pecho y los bonitos guantes fueron pronunciados como un ajuste perfecto.

Hubo muchas risas, besos y explicaciones, en la sencilla y cariñosa manera que hace que estas fiestas en casa sean tan agradables en el momento, tan dulces para recordar después, y luego todos se pusieron a trabajar.

Las caridades y ceremonias de la mañana tomaron tanto tiempo que el resto del día se dedicó a preparativos para las festividades de la noche. Siendo aún demasiado jóvenes para ir a menudo al teatro y no lo suficientemente ricos para permitirse grandes gastos en actuaciones privadas, las chicas pusieron su ingenio a trabajar y, siendo la necesidad la madre de la invención, hicieron lo que necesitaban. Muy ingeniosas fueron algunas de sus producciones, guitarras de cartón, lámparas antiguas hechas de barcos de mantequilla anticuados cubiertos de papel plateado, magníficos trajes de algodón antiguo, brillando con espumillones de estaño de una fábrica de encurtidos y armaduras cubiertas con las mismas útiles piezas en forma de diamante que quedaron en hojas cuando se cortaron las tapas de las ollas de conservas. La gran sala fue el escenario de muchas fiestas inocentes.

No se permitían caballeros, así que Jo interpretaba roles masculinos a su gusto y se sentía muy satisfecha con un par de botas de cuero rojizo que le regaló una amiga que conocía a una señora que conocía a un actor. Estas botas, una antigua espada y un doblete desgarrado que alguna vez usó un artista para alguna pintura, eran los tesoros principales de Jo y aparecían en todas las ocasiones. La pequeñez de la compañía hizo necesario que las dos actrices principales tomaran varios roles cada una, y ciertamente merecían algo de crédito por el duro trabajo que hicieron al aprender tres o cuatro roles diferentes, cambiando rápidamente entre varios disfraces y manejando el escenario además. Fue un excelente entrenamiento para sus memorias, un pasatiempo inofensivo y empleó muchas horas que de otra manera hubieran sido ociosas, solitarias o gastadas en una sociedad menos rentable.

En la noche de Navidad, una docena de chicas se amontonaron en la cama que hacía de palco y se sentaron frente a las cortinas de chintz azul y amarillo en un estado muy halagador de expectación. Hubo mucho crujir y susurrar detrás de las cortinas, un poco de humo de la lámpara y una risita ocasional de Amy, quien era propensa a ponerse histérica en la emoción del momento. Pronto sonó una campana, las cortinas se abrieron de golpe y comenzó la tragedia operática.

"Un bosque sombrío", según el programa de la obra, fue representado por unos pocos arbustos en macetas, terciopelo verde en el suelo y una cueva en la distancia. Esta cueva estaba hecha con un caballete de ropa como techo, cómodas como paredes, y en ella había un pequeño horno a pleno rendimiento, con una olla negra encima y una anciana bruja inclinada sobre ella. El escenario estaba oscuro y el resplandor del horno tenía un buen efecto, especialmente cuando salía vapor real de la olla cuando la bruja quitaba la tapa. Se permitió un momento para que la primera emoción disminuyera, luego Hugo, el villano, entró sigilosamente con una espada que hacía ruido a su lado, un sombrero inclinado, barba negra, capa misteriosa y botas. Después de caminar de un lado a otro con mucha agitación, se golpeó la frente y estalló en una melodía salvaje, cantando su odio hacia Roderigo, su amor por Zara y su resolución agradable de matar a uno y ganar a la otra. Los tonos roncros de la voz de Hugo, con un grito ocasional cuando sus sentimientos lo abrumaban, eran muy impresionantes y el público aplaudió en el momento en que pausó para respirar. Inclinandose con el aire de alguien acostumbrado a los elogios públicos, se dirigió sigilosamente hacia la caverna y ordenó a Hagar que saliera con un comando, "¡Eh, sierva! ¡Te necesito!"

Salió Meg, con cabello gris de caballo colgando alrededor de su rostro, una túnica roja y negra, un bastón y signos cabalísticos en su capa. Hugo exigió una poción para hacer que Zara lo adorara y otra para destruir a Roderigo. Hagar, en una hermosa melodía dramática, prometió ambas y procedió a convocar al espíritu que traería el filtro de amor.

¡Ven acá, ven acá, de tu hogar,  
hada del aire, te ordeno que vengas!  
¿Nacida de rosas, alimentada con rocío,  
puedes preparar encantos y pociones?  
Tráeme aquí, con velocidad de elfo,  
el fragante filtro que necesito. Hazlo  
dulce, rápido y fuerte, ¡Espíritu,  
responde ahora a mi canción!

Un suave sonido de música resonó, y luego en la parte posterior de la cueva apareció una pequeña figura en blanco nublado, con alas brillantes, cabello dorado y una corona de rosas en su cabeza. Agitando una varita, cantó...

Aquí vengo yo,  
Desde mi hogar aéreo,  
Lejos en la luna plateada.  
Toma el conjuro mágico,  
Y úsalo bien,  
¡O su poder desaparecerá pronto!

Y dejando caer una pequeña botella dorada a los pies de la bruja, el espíritu desapareció. Otro canto de Hagar produjo otra aparición, no tan hermosa, pues con un golpe apareció un feo y negro diablillo que, tras croar una respuesta, lanzó una botella oscura a Hugo y desapareció con una burlona risa. Tras agradecer entonando su canción y guardar las pociones en sus botas, Hugo se marchó, y Hagar informó a la audiencia que, como había matado a algunos de sus amigos en el pasado, lo había maldecido y tenía la intención de frustrar sus planes y vengarse de él. Entonces cayó el telón, y la audiencia descansó y comió caramelos mientras discutía los méritos de la obra.

Hubo un buen rato de martilleo antes de que el telón volviera a subir, pero cuando se hizo evidente qué obra maestra de carpintería escénica se había preparado, nadie se quejó por el retraso. Era verdaderamente magnífico. Una torre se alzaba hasta el techo, a media altura aparecía una ventana con una lámpara encendida, y detrás de la cortina blanca apareció Zara en un hermoso vestido azul y plateado, esperando a Roderigo. Él llegó con una vestimenta espléndida, con un gorro emplumado, capa roja, bucles castaños, una guitarra y, por supuesto, las botas. Arrodillado al pie de la torre, cantó una serenata en tonos melancólicos. Zara respondió y, tras un diálogo musical, accedió a huir. Entonces vino el gran efecto de la obra. Roderigo sacó una escalera de cuerda, con cinco peldaños, arrojó un extremo y le pidió a Zara que descendiera. Con timidez, ella salió de su celosía, puso su mano en el hombro de Roderigo y estaba a punto de bajar con gracia cuando "¡Ay, ay por Zara!", olvidó su cola. Ésta se enganchó en la ventana, la torre tambaleó, se inclinó hacia adelante, cayó con estrépito y sepultó a los desafortunados amantes en los escombros.

Se produjo un grito universal cuando las botas marrones ondearon salvajemente desde los restos y una cabeza dorada emergió exclamando: "¡Te lo dije! ¡Te lo dije!" Con una presencia de ánimo maravillosa, Don Pedro, el cruel padre, irrumpió, sacó a su hija con una rápida observación...

"No te rías! ¡Actúa como si todo estuviera bien!", y, ordenando que Roderigo se levantara, lo expulsó del reino con ira y desprecio. Aunque Roderigo quedó decididamente sacudido por la caída desde la torre sobre él, desafió al viejo caballero y se negó a moverse. Este ejemplo valiente inspiró a Zara. Ella también desafió a su padre, y él los mandó a ambos a las mazmorras más profundas del castillo. Un fornido criado entró con cadenas y los llevó, pareciendo muy asustado y olvidando evidentemente el discurso que debió haber hecho.

El tercer acto fue en el salón del castillo, y aquí apareció Hagar, habiendo venido a liberar a los amantes y acabar con Hugo. Ella lo escucha venir y se esconde, lo ve poner las pociones en dos copas de vino y le dice al tímido criado: "Llévaselas a los cautivos en sus celdas y diles que volveré pronto". El criado lleva a Hugo a un lado para contarle algo, y Hagar cambia las copas por otras dos que son inocuas. Ferdinando, el 'peón', se las lleva, y Hagar vuelve a poner la copa que contiene el veneno destinado a Roderigo. Hugo, que se pone sediento después de una larga melodía, lo bebe, pierde el juicio y después de mucho agarrar y pisotear, cae muerto, mientras Hagar le informa lo que ha hecho en una canción de poder y melodía exquisitos.

Esta fue una escena realmente emocionante, aunque algunas personas podrían haber pensado que la súbita caída de una gran cantidad de cabello rojo largo estropeó el efecto de la muerte del villano. Fue llamado ante el telón, y con gran propiedad apareció, llevando a Hagar, canto se consideró más maravilloso que todo lo demás de la actuación juntos.

El cuarto acto mostró a Roderigo desesperado a punto de apuñalarse porque le han dicho que Zara lo ha abandonado. Justo cuando el cuchillo está en su corazón, se canta una hermosa canción debajo de su ventana, informándole que Zara es fiel pero está en peligro, y que puede salvarla si quiere. Se lanza una llave que desbloquea la puerta, y en un espasmo de éxtasis, se quita las cadenas y corre a encontrar y rescatar a su amada.

El quinto acto comenzó con una escena tormentosa entre Zara y Don Pedro. Él desea que ella vaya a un convento, pero ella no quiere escucharlo y después de un emotivo llamado, está a punto de desmayarse cuando Roderigo irrumpe exigiendo su mano. Don Pedro se niega porque no es rico. Gritan y gesticulan tremendamente, pero no pueden ponerse de acuerdo, y Roderigo está a punto de llevarse a la exhausta Zara, cuando el tímido criado entra con una carta y una bolsa de Hagar, que ha desaparecido misteriosamente. Este último informa al grupo que le deja una riqueza incalculable a la joven pareja y una terrible condena a Don Pedro, si no los hace felices. La bolsa se abre y varios cuartos de monedas de lata llueven sobre el escenario hasta que se vuelve completamente glorioso con el brillo. Esto suaviza por completo al padre severo. Él consiente sin murmurar, todos se unen en un alegre coro y el telón cae sobre los amantes arrodillados para recibir la bendición de Don Pedro en actitudes de la gracia más romántica.

Un tumultuoso aplauso siguió, pero recibió un golpe inesperado, ya que la cama de campaña sobre la que se construyó el círculo de la platea se cerró de repente y apagó al entusiasta público. Roderigo y Don Pedro volaron al rescate, y todos salieron ilesos, aunque muchos estaban sin palabras de risa. La emoción apenas había disminuido cuando Hannah apareció con "Los cumplidos de la Sra. March, ¿y las señoras quieren bajar a cenar?"

Esto fue una sorpresa incluso para los actores, y cuando vieron la mesa, se miraron mutuamente en un asombro extasiado. Era como Marmee preparar una pequeña sorpresa para ellos, pero algo tan fino como esto no se había escuchado desde los días de abundancia pasados. Había helado, en realidad dos platos, rosa y blanco, y pastel y fruta y distraentes bombones franceses y, en medio de la mesa, cuatro grandes ramos de flores de invernadero.

Realmente les quitó el aliento, y miraron primero la mesa y luego a su madre, quien parecía disfrutarla inmensamente.

"¿Son hadas?" preguntó Amy.

"Papá Noel", dijo Beth.

"Lo hizo mamá", y Meg sonrió dulcemente, a pesar de su barba gris y sus cejas blancas.

"Tía March tuvo un buen ataque y envió la cena", exclamó Jo, con una inspiración repentina.

"Todo mal. El viejo señor Laurence lo envió", respondió la Sra. March.

"¡El abuelo del chico Laurence! ¿Cómo se le ocurrió semejante cosa? ¡No lo conocemos!" exclamó Meg.

"Hannah le contó a uno de sus sirvientes sobre su fiesta de desayuno. Es un viejo extraño, pero eso lo complació. Conoció a mi padre hace años y me envió una nota cortés esta tarde diciendo que esperaba poder expresar su amistad hacia mis hijos enviándoles algunas tonterías en honor al día. No pude negarme, y así tienen una pequeña fiesta por la noche para compensar el desayuno de pan y leche".

"Ese chico fue quien lo sugirió, ¡lo sé! Es un tipo estupendo, y me encantaría conocerlo. Parece que quiere conocernos, pero es tímido, y Meg es tan correcta que no me deja hablar con él cuando pasamos", dijo Jo mientras los platos daban vueltas, y el helado comenzaba a derretirse a la vista, con ohs y ahs de satisfacción.

"¿Te refieres a las personas que viven en la casa grande al lado, verdad?" preguntó una de las chicas. "Mi madre conoce al viejo señor Laurence, pero dice que es muy orgulloso y no le gusta mezclarse con sus vecinos. Mantiene a su nieto encerrado cuando no está montando o caminando con su tutor, y lo hace estudiar muy duro. Lo invitamos a nuestra fiesta, pero no vino. Mamá dice que es muy agradable, aunque nunca habla con nosotras, las chicas".

"Nuestra gata se escapó una vez, y él la trajo de vuelta, y hablamos a través de la cerca, y nos estábamos llevando muy bien, todo sobre cricket y demás, cuando vio que Meg venía y se fue. Significa que tengo que conocerlo algún día, porque necesita diversión, estoy segura de que sí", dijo Jo decididamente.

"Me gustan sus modales y parece un pequeño caballero, así que no tengo objeción a que lo conozcas si se presenta una oportunidad adecuada. Él trajo las flores él mismo, y lo hubiera invitado a entrar si hubiera estado segura de lo que estaba sucediendo arriba. Parecía tan melancólico cuando se fue, escuchando la diversión y evidentemente no teniendo ninguna propia".

"¡Qué suerte que no lo hiciste, Madre!" se rió Jo, mirando sus botas. "Pero tendremos otra obra alguna vez que él pueda ver. Quizás nos ayude a actuar. ¿No sería genial?"

"Nunca antes había tenido un ramo tan fino. ¡Qué bonito es!" Y Meg examinó sus flores con gran interés.

"Son preciosas. Pero las rosas de Beth son más dulces para mí", dijo la Sra. March, oliendo la media muerta posy en su cinturón.

Beth se acurrucó a su lado y susurró suavemente: "Desearía poder enviar mi ramo a papá. Temo que él no esté teniendo una Navidad tan alegre como nosotros".

## **CAPÍTULO TRES. EL CHICO LAURENCE**

"¡Jo! ¡Jo! ¿Dónde estás?" gritó Meg al pie de las escaleras del ático.

"¡Aquí!" respondió una voz ronca desde arriba, y corriendo hacia arriba, Meg encontró a su hermana comiendo manzanas y llorando por el heredero de Redclyffe, envuelta en una manta en un viejo sofá de tres patas junto a la ventana soleada. Este era el refugio favorito de Jo, y aquí le encantaba retirarse con media docena de manzanas y un buen libro, para disfrutar de la tranquilidad y la compañía de una mascota rata que vivía cerca y no le importaba en absoluto. Cuando apareció Meg, Scrabble se metió en su agujero. Jo se sacudió las lágrimas de las mejillas y esperó a escuchar las noticias.

"¡Qué divertido! ¡Miren esto! ¡Una invitación formal de la Sra. Gardiner para mañana por la noche!" gritó Meg, agitando el valioso papel y luego procediendo a leerlo con deleite juvenil.

"La Sra. Gardiner estaría encantada de ver a la señorita March y a la señorita Josephine en un pequeño baile en la víspera de Año Nuevo'. Marmee está dispuesta a que vayamos, ¿y qué nos pondremos?"

"¿De qué sirve preguntar eso, cuando sabes que nos pondremos nuestros popelines, porque no tenemos nada más?", respondió Jo con la boca llena.

"¡Si tan solo tuviera un vestido de seda!" suspiró Meg. "Mamá dice que tal vez cuando tenga dieciocho años, pero dos años es una eternidad para esperar".

"Estoy segura de que nuestros popelines parecen seda, y son lo suficientemente bonitos para nosotras. El tuyo está como nuevo, pero olvidé la quemadura y el rasgón en el mío. ¿Qué voy a hacer? La quemadura se nota mucho, y no puedo quitarla".

"Debes estar quieta todo lo que puedas y mantener tu espalda fuera de la vista. La parte delantera está bien. Voy a tener una cinta nueva para mi cabello, y Marmee me prestará su pequeño broche de perlas, y mis zapatos nuevos son hermosos, y mis guantes servirán, aunque no son tan bonitos como me gustaría".

"Los míos se arruinaron con la limonada, y no puedo conseguir unos nuevos, así que tendré que ir sin ellos", dijo Jo, a quien la ropa no le importaba mucho.

"Debes tener guantes, o no iré", exclamó Meg decididamente. "Los guantes son más importantes que cualquier otra cosa. No puedes bailar sin ellos, y si no lo haces, estaré muy mortificada".

"Entonces me quedaré quieta. No me importa mucho el baile de compañía. No es divertido estar dando vueltas. Me gusta volar y hacer cabriolas".

"No puedes pedirle a mamá que te compre otros nuevos, son tan caros, y eres tan descuidada. Dijo que cuando arruinaste los otros que no te compraría más este invierno. ¿No puedes arreglártelas con los que tienes?"

"Puedo sostenerlos arrugados en mi mano, para que nadie sepa lo manchados que están. Eso es todo lo que puedo hacer. ¡No! Te diré cómo podemos arreglárnoslas, cada una usa uno bueno y lleva uno malo. ¿No ves?"

"Tus manos son más grandes que las mías, y estirarás mi guante terriblemente", comenzó Meg, cuyos guantes eran un punto delicado para ella.

"¡Entonces iré sin guantes! ¡No me importa lo que la gente diga!" gritó Jo, tomando su libro.

"Puedes tenerlo, puedes tenerlo! Solo no lo manches y compórtate bien. No pongas tus manos detrás de ti, ni mires fijamente, ni digas '¡Cristóbal Colón!' ¿de acuerdo?"

"No te preocupes por mí. Seré lo más adecuada posible y no me meteré en ningún problema, si puedo evitarlo. Ahora ve y responde a tu nota, déjame terminar esta espléndida historia".

Así que Meg se fue a "aceptar con agradecimiento", revisar su vestido y cantar alegremente mientras se ponía su único verdadero volante de encaje, mientras Jo terminaba su historia, sus cuatro manzanas y tenía un juego de juegos con Scrabble.

En Nochevieja, el salón estaba desierto, las dos niñas más jóvenes jugaban a ser doncellas y las dos mayores estaban absortas en el importante negocio de "prepararse para la fiesta". Aunque los atuendos eran simples, había mucho correr arriba y abajo, risas y conversación, y en algún momento un fuerte olor a pelo quemado impregnó la casa. Meg quería unos rizos alrededor de su rostro, y Jo se encargó de pellizcar los mechones empapelados con un par de tenacillas calientes.

"¿Deben humear así?" preguntó Beth desde su perchero en la cama.

"Es la humedad secándose", respondió Jo.

"Qué olor tan extraño. Es como si fueran plumas quemadas", observó Amy, alisando sus bonitos rizos con aire superior.

"Aquí, ahora quitaré los papeles y verás una nube de ricitos", dijo Jo, dejando las tenacillas.

Ella retiró los papeles, pero no apareció ninguna nube de rizos, porque el pelo venía con los papeles, y la peluquera horrorizada colocó una fila de pequeños paquetes chamuscados sobre el escritorio frente a su víctima.

"¡Oh, oh, oh! ¿Qué has hecho? ¡Estoy arruinada! ¡No puedo ir! ¡Mi pelo, oh, mi pelo!" gimió Meg, mirando con desesperación el rizo desigual en su frente.

"¡Siempre tengo mala suerte! No deberías haberme pedido que lo hiciera. Siempre arruino todo. Lo siento mucho, pero las tenacillas estaban demasiado calientes y he hecho un desastre", se lamentó la pobre Jo, mirando las pequeñas panqueques negras con lágrimas de arrepentimiento.

"No está arruinado. Solo arréglatelo, y ata tu cinta para que los extremos caigan un poco en tu frente, y parecerá como la última moda. He visto a muchas chicas hacerlo así", consoló Amy.

"Me lo merezco por intentar ser elegante. Desearía haber dejado mi cabello en paz", dijo Meg con petulancia.

"Yo también, era tan suave y bonito. Pero pronto volverá a crecer", dijo Beth, acercándose para besar y consolar a la oveja esquilada.

Después de varios pequeños contratiempos, Meg finalmente terminó, y gracias a los esfuerzos unidos de toda la familia, el cabello de Jo fue peinado y su vestido puesto. Se veían muy bien con sus trajes simples, el de Meg en gris plateado, con un lazo de terciopelo azul, volantes de encaje y un broche de perlas. Jo en granate, con un cuello de lino rígido y caballeroso, y uno o dos crisantemos blancos como su único adorno. Cada una se puso un guante ligero y elegante, y llevaba uno sucio, y todas pronunciaron el efecto como "bastante fácil y elegante". Los zapatos de tacón alto de Meg estaban muy ajustados y le dolían, aunque ella no lo admitía, y los diecinueve pasadores de Jo parecían clavados directamente en su cabeza, lo que no era exactamente cómodo, pero, por Dios, seamos elegantes o morir.

"¡Que se diviertan, queridas!" dijo la Sra. March, mientras las hermanas caminaban delicadamente por el sendero. "No coman mucho en la cena y vengan a las once cuando envíe a Hannah por ustedes". Cuando la puerta se cerró tras ellas, una voz gritó desde una ventana...

"Chicas, ¡chicas! ¿Tenéis pañuelos de bolsillo bonitos?"

"Sí, sí, muy bonitos, y Meg tiene colonia en el suyo", gritó Jo, añadiendo con una risa mientras seguían adelante, "Creo que Marmee preguntaría eso si todos huyéramos de un terremoto".

"Es uno de sus gustos aristocráticos, y muy apropiado, porque una verdadera dama siempre se distingue por sus botas, guantes y pañuelo limpio", respondió Meg, que tenía muchos pequeños "gustos aristocráticos" propios.

"Ahora no olvides mantener el mal aliento fuera de la vista, Jo. ¿Está bien mi faja? ¿Y mi pelo está muy mal?", dijo Meg, mientras se alejaba del espejo en el vestidor de la Sra. Gardiner después de un largo arreglo.

"Sé que lo olvidaré. Si ves que hago algo mal, recuérdame con un guiño, ¿quieres?", respondió Jo, dándole un tirón a su cuello y cepillándose rápidamente el cabello.

"No, guiñar no es propio de una dama. Levantaré mis cejas si algo está mal, y asentiré si todo está bien. Ahora mantén los hombros rectos, da pasos cortos y no estreches la mano si te presentan a alguien. No está bien visto".

"¿Cómo aprendes todas las formas correctas? Yo nunca puedo. ¿No es alegre esa música?"

Bajaron las escaleras sintiéndose un poco tímidas, ya que rara vez asistían a fiestas, e informal como era esta pequeña reunión, era un evento para ellas. La Sra. Gardiner, una señora imponente, las recibió amablemente y las entregó a la mayor de sus seis hijas. Meg conocía a Sallie y pronto se sintió cómoda, pero Jo, que no se interesaba mucho por las chicas ni por los chismes de chicas, se quedó parada, con la espalda cuidadosamente apoyada en la pared, y se sintió tan fuera de lugar como un potro en un jardín de flores. Un grupo de seis joviales muchachos hablaban de patines en otra parte de la habitación, y ella ansiaba unirse a ellos, ya que patinar era una de las alegrías de su vida.

Transmitió su deseo a Meg, pero las cejas se levantaron tan alarmantemente que no se atrevió a moverse. Nadie se acercó a hablar con ella, y uno por uno el grupo se fue reduciendo hasta que se quedó sola. No podía pasearse y divertirse, ya que el borde quemado se notaría, así que miró a la gente bastante desolada hasta que comenzó el baile. Meg fue invitada de inmediato, y las zapatillas

apretadas danzaban tan rápidamente que nadie habría adivinado el dolor que su portadora sufría con una sonrisa. Jo vio acercarse a un joven pelirrojo grande a su rincón, y temiendo que quisiera hablar con ella, se deslizó en un receso con cortinas, con la intención de espiar y divertirse en paz. Desafortunadamente, otra persona tímida había elegido el mismo refugio, ya que, cuando la cortina cayó detrás de ella, se encontró cara a cara con el "chico Laurence".

"¡Dios mío, no sabía que había alguien aquí!" balbuceó Jo, preparándose para salir tan rápidamente como había entrado.

Pero el chico rió y dijo amablemente, aunque parecía un poco sorprendido, "No te preocupes por mí, quédate si quieres".

"¿No te molesto?"

"Ni un poco. Solo vine aquí porque no conozco a muchas personas y me sentí un poco extraño al principio, ¿sabes?"

"Yo también. Por favor, no te vayas, a menos que prefieras hacerlo".

El chico volvió a sentarse y miró sus zapatos, hasta que Jo dijo, tratando de ser educada y amistosa, "Creo que he tenido el placer de verte antes. ¿Vives cerca de nosotros, verdad?"

"Al lado". Y levantó la mirada y rió abiertamente, porque el modo prim y formal de Jo resultaba bastante gracioso al recordar cómo habían charlado sobre cricket cuando trajo al gato a casa.

Eso hizo que Jo se relajara y ella también se rió, diciendo de la manera más cordial que pudo, "Realmente la pasamos muy bien con tu bonito regalo de Navidad".

"Lo envió el abuelo".

"Pero tú le pusiste la idea en la cabeza, ¿verdad?"

"¿Cómo está tu gato, señorita March?" preguntó el chico, tratando de parecer serio mientras sus ojos negros brillaban con diversión.

"Bien, gracias, Sr. Laurence. Pero no soy la Srta. March, solo soy Jo", respondió la joven.

"No soy el Sr. Laurence, solo soy Laurie".

"Laurie Laurence, qué nombre tan extraño".

"Mi primer nombre es Theodore, pero no me gusta, porque los chicos me llamaban Dora, así que les hice decir Laurie en su lugar".

"Odio mi nombre, también, ¡es tan sentimental! Desearía que todos dijeran Jo en lugar de Josephine. ¿Cómo hiciste para que los chicos dejaran de llamarte Dora?"

"Les di una paliza".

"No puedo darle una paliza a la tía March, así que supongo que tendré que soportarlo". Y Jo se resignó con un suspiro.

"¿No te gusta bailar, Srta. Jo?" preguntó Laurie, pareciendo pensar que el nombre le quedaba bien.

"Me gusta lo suficiente si hay mucho espacio y todo el mundo está animado. En un lugar como este, seguro que causo algún problema, piso los pies de la gente o hago algo terrible, así que me mantengo fuera de problemas y dejo que Meg navegue. ¿No bailas tú?"

"A veces. Verás, he estado en el extranjero durante muchos años y todavía no he estado lo suficiente en compañía como para saber cómo se hacen las cosas aquí".

"¡En el extranjero!" exclamó Jo. "¡Oh, cuéntame sobre eso! Me encanta escuchar a la gente describir sus viajes".

Laurie parecía no saber por dónde empezar, pero las preguntas ansiosas de Jo pronto lo pusieron en marcha, y le contó cómo había estado en la escuela en Vevay, donde los chicos nunca usaban sombreros y tenían una flota de botes en el lago, y para divertirse en vacaciones hacían caminatas por Suiza con sus profesores. "¿Cómo desearía haber estado allí!" exclamó Jo. "¿Fuiste a París?"

"Pasamos el invierno pasado allí".

"¿Hablas francés?"

"No nos permitían hablar de otra cosa en Vevay".

"¡Dime algo! Puedo leerlo, pero no puedo pronunciarlo".

"Quel nom a cette jeune demoiselle en les pantoufles jolis?"

"¡Lo has hecho muy bien! Déjame ver ... dijiste: '¿Quién es la joven en las bonitas pantuflas', ¿verdad?"

"Sí, señorita".

"Es mi hermana Margaret, ¿y sabías que lo era! ¿Crees que es bonita?"

"Sí, me hace pensar en las chicas alemanas, se ve tan fresca y tranquila, y baila como una dama".

Jo se sintió muy complacida con este elogio juvenil a su hermana y lo guardó para repetirlo a Meg. Ambos espionaron, criticaron y charlaron hasta que se sintieron como

viejos conocidos. La timidez de Laurie pronto desapareció, ya que el comportamiento caballeroso de Jo le divertía y lo hacía sentir cómodo, y Jo volvió a ser ella misma y se olvidó de su vestido, y nadie levantó las cejas hacia ella. Le gustó el 'chico Laurence' más que nunca y le echó varias buenas miradas, para que pudiera describirlo a las chicas, ya que no tenían hermanos, muy pocos primos masculinos, y los niños eran criaturas casi desconocidas para ellas.

"Pelo negro y rizado, piel morena, grandes ojos negros, nariz bonita, dientes hermosos, manos y pies pequeños, más alto que yo, muy educado, para un chico, y en general alegre. Me pregunto cuántos años tiene".

Estuvo a punto de preguntar Jo, pero se detuvo a tiempo y, con un tacto inusual, trató de averiguarlo de manera indirecta.

"Supongo que vas a ir a la universidad pronto? Te veo esforzándote en tus libros, no, quiero decir, estudiando mucho". Y Jo se ruborizó por el horrible "esforzándote" que se le escapó.

Laurie sonrió pero no pareció sorprendido, y respondió encogiéndose de hombros. "No dentro de un año o dos. De todos modos, no iré antes de los diecisiete".

"¿No tienes solo quince años?" preguntó Jo, mirando al alto joven, a quien ella había imaginado de diecisiete años.

"Dieciséis, el próximo mes".

"¡Cómo deseo ir a la universidad! No parece que te guste."

"¡Lo odio! Nada más que estudiar o hacer travesuras. Y no me gusta la forma en que los chicos hacen eso, en este país".

"¿Qué te gusta?"

"Vivir en Italia y disfrutar a mi manera".

Jo quería mucho preguntar cuál era su manera, pero sus cejas negras parecían un poco amenazadoras cuando las fruncía, así que cambió de tema diciendo, mientras su pie seguía el ritmo, "¡Esa es una polka espléndida! ¿Por qué no vas y lo intentas?"

"Si vienes también", respondió con una pequeña y galante inclinación.

"No puedo, porque le dije a Meg que no lo haría, porque ..." Allí Jo se detuvo y parecía indecisa si contar o reír.

"¿Por qué, qué pasa?"

"¿No lo dirás?"

"¡Nunca!"

"Bueno, tengo una mala costumbre de pararme frente al fuego, y así quemo mis vestidos, y quemé este, y aunque está bien arreglado, se nota, y Meg me dijo que me quedara quieta para que nadie lo viera. Puedes reírte si quieres. Es gracioso, lo sé".

Pero Laurie no se rió. Solo miró hacia abajo un minuto, y la expresión de su rostro desconcertó a Jo cuando dijo muy gentilmente: "No importa eso. Te diré cómo podemos arreglarlo. Hay un pasillo largo por allí, y podemos bailar magníficamente, y nadie nos verá. Por favor ven".

Jo le agradeció y felizmente fue, deseando tener dos guantes limpios cuando vio los bonitos guantes de color perla que llevaba su pareja. El salón estaba vacío, y bailaron un gran polka, porque Laurie bailaba bien y le enseñó el paso alemán, lo que encantó a Jo, al estar lleno de ritmo y de fuerza. Cuando la música paró, se sentaron en las escaleras para recuperar el aliento, y Laurie estaba en medio de una historia acerca de un festival de estudiantes en Heidelberg, cuando Meg apareció buscando a su hermana. Le hizo señas y Jo la siguió a regañadientes a una habitación lateral, donde la encontró tumbada en un sofá, sosteniendo su pie y pálida.

"Me he torcido el tobillo. Ese estúpido tacón alto se giró y me hizo una triste torcedura. Me duele tanto que apenas puedo ponerme de pie, y no sé cómo voy a volver a casa", dijo, balanceándose de dolor.

"Ya sabía que te harías daño en los pies con esos zapatos tontos. Lo siento. Pero no veo qué puedes hacer, excepto conseguir un carruaje o quedarte aquí toda la noche", respondió Jo, frotando suavemente el pobre tobillo mientras hablaba.

"No puedo tener un carruaje sin que cueste una fortuna. Seguramente no puedo conseguir uno en absoluto, ya que la mayoría de la gente viene en su propio carruaje, y está muy lejos del establo, y no hay nadie a quien enviar".

"Iré yo".

"No, de ninguna manera. Son más de las nueve, y está oscuro como en Egipto. No puedo quedarme aquí, porque la casa está llena. Sallie tiene unas chicas alojadas con ella. Descansaré hasta que venga Hannah, y luego haré lo que pueda".

"Le preguntaré a Laurie. Él irá", dijo Jo, aliviada al tener la idea.

"¡Misericordia, no! No le preguntes ni le digas a nadie. Tráeme mis zapatillas de goma y pon estas pantuflas con nuestras cosas. Ya no puedo bailar, pero en cuanto termine la cena, espera a Hannah y dime en cuanto llegue".

"Ya van a salir a cenar. Me quedaré contigo. Prefiero".

"No, cariño, corre, y tráeme un poco de café. Estoy tan cansada que no puedo moverme".

Así que Meg estaba recostada, con sus zapatos de goma bien ocultos, y Jo fue torpemente hacia el comedor, el cual encontró después de entrar en un armario de porcelana y abrir la puerta de una habitación donde el anciano Sr. Gardiner estaba tomando un pequeño refrigerio privado. Haciendo un movimiento rápido hacia la mesa, agarró el café, el cual inmediatamente derramó, haciendo que el frente de su vestido quedara tan mal como la parte trasera.

"¡Ay, Dios mío, qué desastre soy!" exclamó Jo, terminando el guante de Meg frotando su vestido con él.

"¿Puedo ayudarte?" dijo una voz amigable. Y allí estaba Laurie, con una taza llena en una mano y un plato de hielo en la otra.

"Estaba tratando de conseguir algo para Meg, quien está muy cansada, y alguien me empujó, y aquí estoy en un buen estado", respondió Jo, mirando desanimada desde la falda manchada hasta el guante del color del café.

"¡Qué lástima! Estaba buscando a alguien a quien darle esto. ¿Puedo llevarlo a tu hermana?"

"Oh, gracias! Te mostraré dónde está. No me ofrezco a llevarlo yo misma, porque solo me metería en otro problema si lo hiciera."

Jo lideró el camino, y como si estuviera acostumbrado a esperar a las damas, Laurie colocó una pequeña mesa, trajo una segunda porción de café y hielo para Jo, y fue tan servicial que incluso la exigente Meg lo llamó "un buen chico". Se divirtieron con los dulces y las frases motivadoras, y estaban en medio de un tranquilo juego de Buzz, con dos o tres jóvenes más que se habían colado, cuando apareció Hannah.

Meg olvidó su pie y se levantó tan rápido que tuvo que agarrarse de Jo, con una exclamación de dolor. "¡Shh! No digas nada", susurró, añadiendo en voz alta: "No es nada. Solo torcí un poco el pie", y cojeó hacia arriba para poner sus cosas.

Hannah regañó, Meg lloró, y Jo estaba desesperada hasta que decidió tomar el asunto en sus propias manos. Escapándose, corrió hacia abajo y, encontrando a un sirviente, le preguntó si podía conseguirle un carruaje. Resultó ser un

camarero contratado que no sabía nada del barrio y Jo buscaba ayuda cuando Laurie, que había oído lo que dijo, se acercó y ofreció el carruaje de su abuelo, que acababa de venir por él, dijo. "¡Es muy temprano! ¿No querrás irte ya?" comenzó Jo, pareciendo aliviada pero dudando de aceptar la oferta.

"Siempre me voy temprano, de verdad lo hago. Por favor, déjame llevarte a casa. Está en mi camino, ya sabes, y dicen que está lloviendo".

Eso lo arregló todo, y Jo agradecida aceptó y corrió para traer al resto del grupo. Hannah odiaba la lluvia tanto como un gato, así que no hizo ninguna queja, y rodaron en el lujoso carruaje cerrado, sintiéndose muy festivos y elegantes. Laurie se sentó en el pescante para que Meg pudiera mantener su pie levantado, y las chicas hablaron libremente sobre su fiesta.

"Lo pasé genial. ¿Tú también?" preguntó Jo, desordenándose el cabello y poniéndose cómoda.

"Sí, hasta que me lastimé. La amiga de Sallie, Annie Moffat, se encariñó conmigo y me invitó a pasar una semana con ella cuando Sallie lo haga. Ella irá en primavera cuando llegue la ópera, y será perfectamente espléndido, si mamá me deja ir", respondió Meg, animándose al pensarlo.

"Te vi bailando con el hombre pelirrojo del que hui. ¿Era simpático?"

"Oh, sí. Su cabello es castaño claro, no rojo, y fue muy educado. Bailé una deliciosa redowa con él".

"Parecía un saltamontes en un ataque cuando hizo el nuevo paso. Laurie y yo no pudimos evitar reírnos. ¿Nos escuchaste?"

"No, pero fue muy grosero. ¿Qué estuviste haciendo todo ese tiempo, escondida allí?"

Jo contó sus aventuras y cuando terminó ya estaban en casa. Con muchos agradecimientos, se despidieron y se metieron en la cama, esperando no molestar a nadie, pero en cuanto la puerta crujó, dos pequeñas gorras de noche aparecieron y dos voces somnolientas pero ansiosas gritaron...

"¡Cuéntanos sobre la fiesta! ¡Cuéntanos sobre la fiesta!" Con lo que Meg llamó "una gran falta de modales", Jo había guardado algunos bombones para las niñas y pronto se calmaron después de escuchar los eventos más emocionantes de la noche.

"Declaro que realmente parece ser una joven elegante, regresar de la fiesta en un carruaje y sentarse en mi bata con una criada para atenderme", dijo Meg mientras Jo le vendaba el pie con árnica y le cepillaba el cabello.

"No creo que a las jóvenes elegantes les guste disfrutar un poco más que nosotras, a pesar de nuestro cabello quemado, vestidos viejos, un guante cada uno y zapatos ajustados que nos torcen los tobillos cuando somos lo suficientemente tontas como para usarlos". Y creo que Jo tenía razón.

